

DE MI EXPERIENCIA CON ASUNTA Y LA FAMILIA MAYMÓ



Al poco tiempo de venir a Barcelona y a esta comunidad de Sant Pere, Asunta me dijo si podía acompañarla para pasar las vacaciones en Tossa de Mar. Yo había visto el mar muy pocas veces, de pequeña nos había llevado mi padre a San Sebastián y fue la primera vez que lo ví. El mar siempre me ha atraído mucho, tal vez os parezca exagerado porque aquí lo tenéis tan cerca que os parece una cosa normal.

Desde el primer día que fuimos a Tossa sentí que todos, tanto los hermanos, cuñadas y sobrinos me miraban y acogían con el mismo cariño que miraban a Asunta, me sentía la mujer más feliz del mundo. Ya han pasado muchos años pero siempre me he sentido tan a gusto... que no puedo menos que daros las gracias a todos. Ir todos los días a la playa y poder bañarme me parecía un sueño. Recuerdo la primera vez, en la barca de Juan, que al bajar por aquella escalerilla tan pequeña y con la barca en continuo movimiento, me caí hasta el fondo del mar y sin saber nadar, pero como llevaba el cinturón de corcho que se ponía la abuela y un chaleco salvavidas, salí a flote enseguida. A los pocos días Juan cambió la escalera por otra un poco más grande para que pudiera bajar mejor. No pasa un día que no recuerde a Juan, también a Joaquín, aunque lo traté menos, lo recuerdo como el señor más fino y delicado que he conocido y con qué cariño me hablaba de su madre.

Asunta era una persona, como se dice en castellano, de una 'pieza', sin fisuras, sin doblez, auténtica. Tal vez fue por la formación que le dio su padre (era la niña de sus ojos). Desde muy pequeña le enseñó a usar las dos manos; igual cosía o cortaba con la mano izquierda que con la derecha, o sea, que había desarrollado los dos lados de la mente, tenía una agudeza, una capacidad extraordinaria para hacer y solucionar todo, tanto manual como intelectualmente. Tenía una mente clara y positiva, una cabeza muy bien amueblada. Era muy exigente consigo misma, pero no tanto con las demás, perfeccionista cien por cien.

Le gustaba mucho conducir el coche. A veces cuando íbamos a aparcar me decía: bájate y mira si hay la misma distancia por los dos lados entre una raya y otra, yo le decía: "sí, ya está bien", pero cuando lo miraba ella me decía: "pero ¿no ves que hay más distancia por este lado que por el otro? no está centrado". Después yo pensaba: "tendré que traer un metro", pero nunca le dije nada.

Un día, en la misa de la fiesta de san Cristóbal, patrono de los conductores, al párroco se le ocurrió decir: "¿Sabéis quien fue la primera mujer en Tossa que se sacó el carnet de conducir un camión? ¡Fue Asunta Maymó!" Y en ese tiempo era muy joven. Después me dijo que cuando estaba con las Hermanitas tenía que transportar no sé qué cosas.

A su padre no le gustó mucho que se hiciera Hermanita de la Asunción. Un detalle que ella me contó: Cuando le pusieron el hábito de aquel entonces, el velo era como si llevaran unas orejeras, y su padre al verla le dijo: "¡Hija mía! ¡Si parece que te han puesto una tartana en la cabeza!" (Era como una carreta de esas con un toldo blanco, como las que salen en las películas del oeste).

Un día a la semana no teníamos misa y en una ocasión le dije: "Asunta, por un día que no vayamos a Misa no pasa nada". ¡Qué puede decirle! Había tenido el ejemplo de su madre y ella andaría kilómetros por no dejar la misa ni un solo día. Creo que Asunta tenía lo mejor de su padre y lo mejor de su madre pero corregido y aumentado.

Durante estos últimos meses, estuve una semana en Puiggraciós. Fue cuando empezó con tanto dolor, cada noche pensaba que se iba a morir, pero por la mañana no dejaba de venir a Maitines y cantar. Cuando la veía reír y cantar pensaba: pero cómo puede esta mujer aguantar así, yo estaba más apurada y parecía más enferma que ella. Un día le dije: "Asunta, por favor ¿no puedes descansar un poquito?" Y me contesta: "Tengo que dejar las cuentas terminadas, tengo que arreglar no sé cuántas

cosas, ¡no me va a dar tiempo a morirme! Ya puedes ayudarme a dejar todo bien ordenado”. No perdió nunca el buen humor, siempre sonreía.

¿Por qué será que nos cuesta hablar de la muerte...? Pero cuando la vemos cerca... Y al ver a Asunta con esa entereza tan fuerte, con esa valentía y normalidad... yo me quedaba... perpleja. ¡Dios mío! pensaba: ¡Cómo puede esta mujer seguir así, tan entera, levantándose cada día, viniendo todos los días al coro!

Ha sido una monja totalmente fiel al rezo del Oficio Divino, a la Eucaristía y a la Comunidad en grado superlativo. Y yo que, cuando salgo, se me olvida rezar... Quiero decir con esto que no nos parecíamos en nada.

Todo lo amable, complaciente, generosa que era conmigo lo era también con todas las personas que trataba.

Un día le pregunté: “Asunta, ¿has pensado cómo será el encuentro?” ¡Ya lo creo que lo pensaba! Y mucho.

Vosotros imagináis ¿cómo puede ser vivir toda una vida para un hombre (Jesucristo) sin verle la cara? ¿Cómo será el encuentro? Sé que su hermano Pedro también se lo comentó.

Mi padre solía decir: “nadie ha venido a decirnos cómo será aquello”. Es verdad pero el fundamento de nuestra fe cristiana está en la Resurrección. Si Jesucristo que era hombre murió, también resucitó, y nosotros resucitaremos con Él.

San Juan de la Cruz dice: “al atardecer de la vida nos examinarán en el amor”. En el amor nos examinarán a todos.

A Asunta le dije: “Cuando te examinen a ti seguro que te darán matrícula de honor y premio ‘cum laude’ o como se diga”.

La verdad es que no nos parecíamos absolutamente en nada pero nos entendíamos sin hablar mucho, había como un respeto mutuo, por ejemplo, sabía que a mí me gustaba el cine, en una ocasión me dijo: “si quieres ir a ver una película, más tarde bajaré a buscarte”.

Un padre benedictino belga me escribió una vez y decía: “Dios no tiene rostro”.

Pues ¡vaya! pensé, yo que siempre me lo había imaginado guapísimo... Sí, guapo sería Jesucristo como hombre, pero Dios es inimaginable, siempre es distinto, siempre es nuevo, siempre sorprende, no se parece a nadie ni a nada, pero también es muy respetuoso, como dice en el libro del Apocalipsis: “estoy a la puerta y llamo” no dice “entro” o sea, que si no le abrimos no entra, ahí se queda, depende de nosotros dejarle entrar o no, os invito a hacer la prueba y veréis cómo lo transforma todo.

Termino con una frase que el padre Rambla nos dijo el día del viático de Asunta: “El cielo no es un lugar, el cielo es Dios” ¡Ya lo creo que sí!

Asunta nos ha dejado a todos un gran ejemplo, ha sabido sufrir y morir hasta con elegancia. Un día le dije: “Asunta, ¿te das cuenta cómo estás y la claridad de mente que tienes?” Hasta el final cantando, sonriendo...

Ahora ya está con su gran amor, mejor, en su gran amor, en Dios.

Barcelona, Monasterio de Sant Pere, 6 de junio de 2018

Rosa M^a de la Parra osb